

# Ágora

## Tras las huellas de lo Sagrado (En memoria de Isidro Muñoz)

**Pedro Cerezo Galán**

En este último otoño se nos fue sin hacer ruido, con la sencillez y elegancia con que había vivido entre nosotros, un compañero entrañable en la docencia universitaria, Isidro Muñoz, filósofo y teólogo a una, y, sobre todo, un hombre cabal. Su muerte, acaecida repentinamente, tuvo el mismo carácter de presencia, humilde y leve, de su vida. Se marchó, sin llamar la atención, en una mañana soleada, con la suavidad con que se desprenden sin aspavientos las hojas doradas del otoño.

Isidro Muñoz no era un profesor al uso, aun cuando haya dejado un recuerdo indeleble en sus discípulos de la Cartuja granadina. Ni un intelectual erudito, absorto y meditabundo en su torre de marfil. Tampoco un intelectual «comprometido», aunque de su desvelo y servicio puedan dar testimonio algunos barrios humildes de Granada. Isidro Muñoz era fundamentalmente un espiritual, capaz de conectar con las inquietudes más hondas del corazón humano y buscar respuestas, en las que empeñaba su vida. No hombre de lecturas, aun siendo un gran lector, sino de experiencias vitales, que él acrisolaba hasta filtrarlas en el hilo de su reflexión. Al oficio de filósofo unía su más profundo ministerio de sacerdote, y fue capaz de vivir ambos con autenticidad y en armonía, y ser fecundo en ambos en virtud de su fidelidad a esta doble vocación. Sobre la vocación nos dejó precisamente unas páginas memorables, viendo en ella la realización del ser personal, al conjugar la respuesta a una llamada a ser, de raíces a la vez sociales y trascendentes, con la conciencia de un servicio u ofrenda a la comunidad. «La fidelidad a la vocación y a los valores últimos que en ella se juegan exigen, por principio, una aceptación del sacrificio total de sí y de la muerte antes que traicionarlos». En esta convicción vivió, y por eso tenía ya anticipada, interiorizada, la muerte en lo más profundo de su vida.

Y, como todo hombre de vocación, vivía desde opciones existenciales úl-

timas. Había explorado la vecindad entre metafísica y religión, y de esta fuente soterrada fluía la vena de su pensamiento. Como filósofo fue un metafísico, no tanto de doctrina, cuanto de actitud. Sabía que hay metafísica allí donde se experimenta la realidad en un horizonte abierto de preguntas últimas, insoslayables, que no se dejan responder categóricamente ni conjurar con ninguna suerte de exorcismo objetivista. «Las ideaciones metafísicas hay que caracterizarlas como “horizonte abierto”, más que como conceptualización adecuada y totalizante. La abertura es trascendental, pero como horizonte, no como representación adecuada». Hay metafísica —solía repetir— allí donde se nos impone, en la precaridad de la existencia, la remisión a lo absoluto. Pero esta gran palabra estaba en él desahogada de toda prepotencia y arrogancia. No era una doctrina de lo acabado y perfecto, sino una instancia interior de trascendimiento, que desbloqueaba desde dentro la propia existencia. Lo trascendental como ámbito metafísico lo vivía, antes que nada, como la apertura misma de la existencia a experiencias de fundamentalidad. «Son aquellas —escribía— que revisten las características de *libertad interior y acabamiento perfectivo*: momentos de liberación en los cuales nos sentimos liberados desde dentro, llenos con la presencia de la verdad, la belleza, el bien, en armonía con todo, fuertes en medio de la debilidad, serenos aun en medio de amenazas». Una metafísica no conceptualista, sino existencial, «planteadas desde exigencias éticas», y por lo mismo, no doctrinaria ni sistemática, sino concebida como una exploración permanente de lo que, con afortunada expresión, había llamado M. Merleau-Ponty, «lo metafísico del hombre». Lo meta-físico era, para él, en última instancia, la dimensión de la apertura al fondo de la realidad. Se trataba, por eso, de una metafísica abierta a la experiencia religiosa. Hay religión —pensaba— cuando el hombre se siente implicado en lo que últimamente le concierne. Con Zubiri, —que tanto influyó en su pensamiento filosófico, aparte de la tradición fenomenológica/personalista—, esta dimensión tiene carácter formal religante. Dios como problema del y para el hombre, pues «desde el momento que Dios es posible, que no es una idea contradictoria, no puede menos de inquietar su existencia y su posible comunicación». Y Dios también como respuesta al problema que es el hombre, como fundamentalidad del ser y promesa de consumación. El hombre religioso es capaz de lo que él llamaba un «compromiso absoluto», porque parte de una vivencia de absoluto en el seno de la propia contingencia. Esta es la religiosidad implícita, originaria, o si quiere, meta-física, que puede abrirse por diversas mediaciones histórico/culturales a la religiosidad explícita de un determinado credo religioso.

En cuanto lugar meta-físico y re-ligado, el hombre es persona, ser en trascendencia e intimidad a un tiempo. Sin duda, la nota más característica del pensamiento de Isidro Muñoz fue su decidido personalismo, que él supo alimentar en todas las fuentes posibles, —metafísicas como la de X. Zubiri, o fenomenológicas, como la de Scheler, Marcel, Mounier..., y hasta místico-espirituales. La persona es suya, porque se pertenece a sí y por sí, en su capacidad de poder estar sobre-sí, y a la vez, es ser-para- y con-el-otro, en la misma medida en que

implica una abertura a la totalidad del ser y del valor. La persona es así individualidad, sagrada e intrasferible, y comunidad de vida compartida; soledad y comunicación. Por poder ser sí-misma, la persona es original y originaria. «Originalidad es todo lo que en el hombre brota de la fuente del propio ser verdadero». Pero por ser con y para el otro, la persona es también solidaria, participativa. El equilibrio de estas dos dimensiones pone al abrigo del doble riesgo de una mística del individualismo posesivo o de un comunitarismo colectivista y sin alma. Su personalismo, de tan hondas raíces cristianas, le llevó a un humanismo abierto, re-ligado sin tener dependencias, e integrador sin monopolios ni exclusivismos. «Entiendo por humanismo abierto —precisaba— aquella concepción del hombre que descubre en la realización de sus valores más hondos una instancia o presencia de absoluto». Precisamente en esta instancia, el hombre puede comunicarse con los demás hombres, y participar en una suerte común, en virtud de este vínculo cordial y radical con todo hombre. Por decirlo con una palabra, la filosofía que practicaba más que profesaba Isidro Muñoz, era religiosa desde su raíz. Religiosa de inspiración y de destinación. Y como religiosa, experiencial y testimonial, sin recurrir para ello ni al confidencialismo ni a la apologetica.

Como hombre intelectual y religioso, tuvo que medirse con los representantes de la hermenéutica de la sospecha, especialmente Feuerbach, —al que dedicó un excelente trabajo— y Marx. Tuvo humildad para aprender mucho de la severa crítica que habían hecho estos grandes desmitificadores a formas psico y sociológicas degeneradas de vivir la experiencia religiosa, pero, a la vez, se confirmó, en diálogo con ellos, en su certeza de que la religión puede ser una potencia simbólica, sin caer en el auto-engaño, y una fuerza liberadora sin cargar con la violencia histórica de ciertas utopías. Su diálogo con Feuerbach fue ejemplar. No quiso condenarlo ni refutarlo como es propio de los temperamentos dogmáticos; sino comprenderlo y comprenderse mejor, como creyente, a la luz de él. Le fascinaba la absorción que había hecho Feuerbach de Dios a la esencia de la subjetividad, desiderativa e imaginativa, esto es, proyectiva. Le fascinaba el talento de Feuerbach para convertir «el espejo reflector en superficie de absorción». Le fascinaba también su recuperación de la naturaleza sensible, esto es, sufriente y anhelante, del hombre de carne y hueso. Y hasta ahí podía seguir con él. Como hombre vivencial que era, Isidro Muñoz detestaba toda abstracción. La lucha de Feuerbach contra el imperio del pensamiento abstracto era una conquista irrenunciable. Pero allí donde Feuerbach sólo veía al ser sensible, encerrado en la soledad de su imagen y su deseo, Isidro Muñoz encontraba el anhelo o el hueco de una plenitud, a la que no es posible renunciar, porque forma parte de la dinámica realizativa del deseo de ser. Lo sensible es imagen, no porque bruña su cristal el deseo, sino porque, a la inversa, reverbera en su superficie una trascendencia abisal. «En oposición a Feuerbach —escribía— no habría por qué considerar lo sensible —simbólico— como cerrado al misterio: lo revela más bien como superior a lo sensible, y al hombre, en lo sensible mismo y en el hombre mismo. Es la pérdida de esta dimensión la que hace a Feuerbach juzgar a Dios en términos unívocos con el hombre o con la

naturaleza, con lo cual se niega a Dios como Dios».

Me he referido a esta confrontación con Feuerbach, porque fue decisiva, a mi juicio, para la suerte del pensamiento de Isidro Muñoz. Su corrección a Feuerbach le llevó a la faena de redescubrir la potencia simbólica de lo sensible como espejo de trascendencia. La vuelta a la vida, a la densidad y pregnancia de lo inmediatamente vivido, no cierra al sujeto sobre el círculo de su necesidad y satisfacción, sea ésta o no imaginaria, sino que lo abre a un horizonte de comunicación y participación universal, donde todo es espejo de todo, destello reverberante de una unidad última, incondicionada, que transparece en todo sin identificarse con ninguna presencia. Esto le llevó al diálogo con los poetas. Se necesitaba una muy honda vena poética para explorar tan lúcidamente como él lo hizo esta dimensión. Yo tuve la oportunidad de discutir con él un espléndido trabajo sobre «dialéctica lírica y simbolismo en Antonio Machado», en que analizaba la potencia religiosa de los símbolos poéticos machadianos, como una fuerza de reencantación del mundo sensible. Y desde allí se aventuró a explorar otros símbolos, —símbolos primordiales: caminos del «pensar futuro», como titula uno de sus trabajos, símbolos de alcance ontológico, ya sea del ser, de la realidad o de la vida, que abren sendas o anticipan intuiciones, que dan que pensar. Su devoción en este caso por el pensamiento de Paul Ricoeur fue uno de sus gozosos descubrimientos. «Los símbolos son indicadores que invitan a mirar hacia adelante. Un pensamiento que se nutre del simbolismo no puede cerrarse en un cuadro de conclusiones. Deja abiertas, como indicación al pensamiento creador, las tareas más urgentes del momento histórico en que vivimos. Los símbolos son indicadores, abren caminos, dejan entrever posibilidades nunca agotadas». Claro está que este diálogo hermenéutico con los símbolos no estaba libre de supuestos. La interpretación de la realidad sensible como símbolo descansaba en una metafísica de la participación, de sabor agustiniano, que nunca llegó a explicitar, que yo sepa, pero que constituía una de las claves últimas de su pensamiento.

Y junto con la hermenéutica simbólica, la otra tarea era explorar, en medio de la crisis de la cultura contemporánea, las brechas, por donde podía irrumpir el lenguaje del misterio. Varios de sus trabajos analizan la crisis del nihilismo como consecuencia de la soledad en que se ha encerrado la subjetividad moderna. Nihilismo y subjetividad autárquica eran para él una misma cosa. «La libertad, cuando se mira como iniciativa pura, reducida toda ella al sujeto, no puede ofrecerse de otro modo que como libertad desde la nada y para la nada». Era la lección consecuente que había sacado Stimer. Nietzsche, al denunciar el nihilismo, lo convertía a su vez en un camino de trascendencia hacia el super hombre. Isidro Muñoz explora otro camino más acorde con su profundo sentido simbólico de la realidad: hacer del vacío mismo símbolo de una penuria, que anhela ser colmada. No sé si llegó a conocer los escritos de otra espiritual de pura raza como María Zambrano. Creo que no, porque no he encontrado ninguna referencia en su obra. Pero de seguro que había sintonizado con los finos análisis que de esta cuestión hace María Zambrano en *El hombre y lo divi*

## Tras las huellas de lo Sagrado

*no*, y le habría reconfortado saber que no andaba solo por esta senda. Rastrea-  
ba con avidez las huellas de lo sagrado, aunque fueran las huellas de los dioses  
huidos, como creía Hölderlin, porque también podían ser las del Dios venide-  
ro. Y en esta esperanza se le fue la vida, y se le vino la muerte, tan callando...  
No pudo sorprenderle porque, como ya he dicho, la tenía interiorizada en su  
vocación personal. ¡Descanse en paz, el amigo y el compañero! Hoy me gusta  
recordarlo como lo que fue, sobre todo, un hombre de paz. Creía en la paz, y  
dio testimonio de ella en una actitud militante de respeto al hombre y de lucha  
por su dignidad y promoción. Hoy me gusta recordarlo con su eterna sonrisa,  
con su humilde elegancia, y con aquella palabra tímida y balbuciente, que tan-  
to tardaba en aflorarle porque venía de muy recónditas profundidades. Me gus-  
ta recordar su enorme curiosidad intelectual, su interés, casi pasión, por la filo-  
sofía, y su pasión, aun mayor, por el hombre. Por eso, pese a haberlo perdido,  
estimula tanto su recuerdo, y resulta tan viva y fecunda su ejemplar actitud. De-  
ja un hueco, pero también una semilla, que le hace a uno soñar en el milagro  
de la sementera, tras los rigores del invierno.

*Enero 1994*